

Alain Resnais; o podría haber hecho una película sobre las posibles relaciones del sujeto y el predicado, en la línea de Jean Eustache y Maurice Pialat o en la de Jean-Pierre Jeunet y Luc Besson. Sin embargo, *El padre de mis hijos* no pretende abarcar la memoria al completo, ni hace una elección clara entre el sujeto y el predicado.

Mia Hansen-Løve cuenta la historia de un productor que se ahoga en el sistema de producción del nuevo cine europeo, y nos plantea los interrogantes a los que se enfrentan su mujer y sus hijas cuando él desaparece. Aunque Greゴoire es un irresponsable que conduce a su empresa a la bancarrota, que llega tarde a casa, que fuma sin parar y que habla por el móvil mientras conduce, no deja de ser un buen hombre. Intenta mantener a flote el cine europeo y quiere a su familia.

Es posible que sus pretensiones fueran viables hace años, hoy los jóvenes cineastas ya no pueden con todo. Ya no pueden abordar un tema como el de la memoria porque carecen de mecanismos para lidiar con él, y tampoco pueden dejar que el sujeto se coma al predicado o viceversa. Deben luchar contra el imperialismo de las palabras (porque no dominan el arte de la retórica como lo dominó Eric Rohmer) y contra el imperialismo de lo visual (porque es más fácil acabar convertido en Marc Caro que en Leos Carax).

El padre de mis hijos, en ese sentido, es un triunfo. Quizás no sea una obra maestra, pero es una película que permite coexistir al sujeto y al predicado sin que uno devore al otro. Sus imágenes no nos plantean cómo moldea el cine nuestras vidas sino más bien cómo serían nuestras vidas si de pronto el cine dejara de existir. |

Hagan olas

La nouvelle vague fue un fenómeno freudiano, jóvenes directores que decidieron matar a padres y que lo único que consiguieron fue suplantarlos por otros diferentes. En lugar de rendir pleitesía hacia los maestros del cine francés, al final lo hicieron a los maestros del cine norteamericano. Una operación así acabó convirtiendo a Truffaut en un turista accidental, a Jacques Rivette en un experto en conspiraciones y paranoia, a Godard en un periódico viviente, y a Claude Chabrol en el forense de un hospital donde antes se practicaba, ante todo, la taxidermia. Yo no creo que fuesen los verdaderos vanguardistas del cine francés, porque para eso estaban Renoir, Bresson o Jean-Pierre Melville, pero sí consiguieron ampliar el paisaje cultural de Francia.

La nouvelle vague de verdad empezó, desde mi punto de vista, con Philippe Garrel, Jean Eustache y Maurice Pialat. Estos últimos fueron los que consiguieron resolver la ecuación entre "imágenes únicas y únicamente imágenes", le dieron la vuelta al silogismo de Wittgenstein, que decía "dejemos y comencemos a pensar", lo hicieron a su manera, instándonos a "dejar de ver y comenzar a sentir". Fueron ellos quienes le proporcionaron un temblor al cine francés. Sus guías no fueron ni Alfred Hitchcock ni Samuel Fuller, de ser alguno sería John Casavettes. Lo que deseaban no era sustituir el predicado por el sujeto, sólo que este último tuviese el mismo protagonismo que el primero.

Ahora se ha iniciado una nueva ola, o si se quiere una contraola, y quienes pretenden resolver el acertijo, yendo más allá de la cinefilia y del egocentrismo, se llaman Mia Hansen-Løve, Xavier Beauvois, Xavier Giannoli, Erick Zonca, Nicolas Klotz o Arnaud Desplechin. El cine, para ellos, es un refugio y a la vez una enorme mansión llena de fantasmas, un lugar agradable y siniestro. No buscan tiempos perdidos y tampoco se retuerzen en sus contradicciones, su objetivo es recuperar la nostalgia del futuro, la única que vale la pena, especialmente en estos momentos de incertidumbre. H.R.

Imagen de 'Meek's Cutoff', que invierte la iconografía masculina del Western clásico



Western femenino La Mostra de Films de Dones presentó este filme en el cual la caravana de pioneros es vista con la mujer en primer término

Épica de lo real

Meek's Cutoff

Dirigida por Kelly Reichardt. Guion de Jon Raymond. Con Michelle Williams, Bruce Greenwood, Zoe Kazan, Paul Dano, Shirley Henderson, entre otros intérpretes

<http://meekscutoff.com>

EVA MUÑOZ

Una de las mejores, más interesantes e innovadoras revisiones del western de las vistas en los últimos años es *Meek's Cutoff*, de la cineasta estadounidense Kelly Reichardt, que pudo verse en la recién clausurada Mostra de Films de Dones y, poco antes, en el Festival de Cinema d'Autor. El argumento del filme es simple: tres matrimonios atraviesan con sus carros un inhóspito paraje rumbo al Oeste. Los guía un hombre, Meek, quien aparentemente ha convencido a las tres parejas de abandonar la caravana principal y tomar una ruta alternativa.

Se trata de una revisión del western desde el punto de vista femenino, es decir, es la mirada a unos personajes, hombres y, particularmente, mujeres, desde fuera de los clichés masculinos casi consustanciales al género. Aquí no se trata de revisitar un género alterando alguno de sus códigos sino de ir más allá, de crear una ficción no para sumergirse en la creación de una épica sino para tratar de emerger a la realidad. Una realidad y, sobre todo, una verdad, a la que acceder a través de una ficción que es observada y relatada casi documentalmente, dando como resultado una obra visualmente depuradísima y de una gran belleza.

La subversión está en la mirada de la cineasta, que toma a unos personajes que actúan conforme a los códigos que les son propios y a los que filma con la voluntad de aprehenderlos al enfrentarlos a dos cuestiones elementales: la supervivencia frente al entorno natural y la confianza en el otro, sea este el extraño (Meek), el extranjero (el indio) o el hombre para la mujer.

Pero esta vez la cámara las mira a ellas en primer término: ellas enciendiendo el fuego, haciendo el pan, repartiendo y racionando el agua que aún les queda..., creando así una rutina, un devenir, que no crea el avance de la pequeña caravana a través del desierto, pues parecen estar perdidos. Y, fundamental: ellas mirándolos a ellos. Desde este punto de vista, vemos a los hombres tomar decisiones con total incertidumbre pero con absoluta seriedad, en un papel que les supera pero que no se cuestionan. Ellas no son convocadas a decidir, pero, esta vez, su mirada no se nos escamotea y, con ella, se hace presente su punto de vista, su conciencia, su independencia.

La opción estética y narrativa de la directora, que podríamos calificar de realismo minimalista, va a poner esas dos cuestiones en el centro del relato. La apuesta por un argumento mínimo deja espacio a un paisaje poderoso, tan bello en su desnudez como amenazante, que no deja de recordarnos la fragilidad de los hombres y mujeres que lo recorren, que en cualquier momento pueden morir de hambre o de sed y que, con todas las salvedades, emparenta a Reichardt con otra cineasta, Ackerman, a través de un territorio. Sobre ese paisaje se inscriben unos rostros memorables cuya elocuencia completa a los escuetos diálogos. El resultado, que revela una dirección inteligente y precisa, tiene una cualidad hipnótica que remite a Jarmusch e, incluso, a Gerry de Van Sant pero que, en este caso, tiene como origen y destino estrictamente lo real y alcanza un grado de verdad infrecuente, de resonancias fordianas. |

